

FilmoTeca

FILMS SELECTOS

323

Carole Lombard

50
cts.

Filmoteca



Dolores
del
RIO

Foto Columbia

Director: J. ESTEVE QUINTANA
 con Raimundo, 3 (Jesús Vergara)
 BARCELONA

ARTE DEL DIBUJO EN EL ARTE DEL CINEMA

UN día aparecieron en la pantalla unas extrañas figuras. No eran artistas de carne y hueso, sino muñecos más o menos graciosamente dibujados, que se movían con una falta de naturalidad lamentable. En vez de imitar los movimientos de las personas parecían reproducir los de esos juguetes mecánicos que obran impulsados por la fuerza distensiva de un muelle.

Sin embargo, aquellos films tenían un mérito, un gran mérito, que los hace acreedores al honor de un capítulo en la historia del cinema. Aquellos films hacían un descubrimiento, iniciaban un nuevo arte dentro del arte de la pantalla, abrían un camino de incalculables posibilidades.

Pasó algún tiempo —muy poco, pues en la juventud del cine no caben largos períodos— y la idea, el balbuceo, plasmó en las admirables películas del gato «Periquito».

Esas películas conquistaron automáticamente un puesto de honor en los programas. El gato protagonista se hizo rápidamente famoso. Y es que el film de dibujos representaba no sólo una nueva faceta del arte cinematográfico, sino también una nueva conquista en el arte del dibujo.

¿Pero qué ha pasado desde entonces? Nada, que es lo peor que puede pasar en un arte. Las películas de dibujos siguen cautivando y entreteniéndolo al público, pero no han dado un solo paso en el camino de su evolución. Entre el gato Periquito, la estrellita Betty y el ratón Mickey, no hay nada que represente un progreso en los films de dibujos animados. Ha habido cambios, eso sí, debidos a la invasión del sonoro, pero, en el fondo, todos los protagonistas, personas o animales, siguen siendo gatos Periquitos y todos los efectos cómicos siguen girando alrededor del sistema descubierto por el gran felino.

Es tal vez que se han agotado las

posibilidades de esa sugestiva colaboración de dos artes, el del cine y el del dibujo? Eso sería tan absurdo como creer que la caricatura había terminado en «Mecachis» y sus contemporáneos.

El naciente arte tiene por delante toda una vida. No ha hecho más que entrar en un campo virgen y vastísimo y se ha sentado a descansar en los umbrales, agotado por el esfuerzo, realmente formidable, de la lucha en un suelo desconocido.

Bien que los primeros creadores del dibujo animado no se lancen a nuevas aventuras y se duerman un poco sobre los laureles. Ellos ya han hecho bastante. ¿Pero se pueden tener las mismas consideraciones con los que les han seguido? No. Estos deben llegar más allá. No basta ya un completo dominio del lápiz y un buen ingenio para seguir sacando partido a un estilo que se encontraron hecho. Es preciso que también ellos sean creadores y no se contenten con cambiar los bigotes de «Periquito» por el hocico de un ratón, ni con darnos en colores lo que ya habíamos visto

en negro. Es preciso que se aventuren, que se lancen por caminos realmente nuevos, que olviden a «Periquito» y a todo lo que surgió a su alrededor con una fuerza de espontaneidad que estas segundas ediciones no pueden tener nunca. Hay que hacer, en fin, lo que han hecho todos cuantos han dejado alguna huella de su paso por los caminos del arte.

¿Que qué es, en suma y concretamente, lo que hay que hacer? ¡Ojalá lo supiéramos! Entonces, en vez de escribir cuartillas, nos dedicaríamos a dibujar para el cine, lo que nos resultaría mucho más productivo. Por desgracia, no sólo ignoramos cómo se puede hacer algo nuevo en dibujo animado, sino que ni siquiera sabemos dibujar un zapato o unas narices de modo que realmente parezcan unas narices o unos zapatos. No, no es a nosotros a quien hay que pedir soluciones concretas, sino a los dibujantes, a los caricaturistas, a todos, en fin, los que sean capaces no sólo de exponer esas ideas, sino de llevarlas a la práctica.

Nosotros nos limitamos a decir que, así como la caricatura no se ha encerrado en el campo de las historietas infantiles, la película de dibujos animados puede dejar a sus mininos, a sus ratoncitos y a sus hombres con piernas de palo, para intentar nuevas conquistas. Ya es bastante que señalemos ese contraste entre la diversidad de la caricatura inanimada y la uniformidad de los films de dibujos.

Ahora parece que se intenta en Hollywood la mezcla de imágenes dibujadas con las de artistas vivientes. Eso ya es bastante.

Para nosotros, mucho, porque nos ha permitido poner a este comentario unas palabras finales de esperanza.

José BAEZA



Walt Disney, a la derecha, con sus colaboradores, estudia los movimientos de un grupo de pingüinos, antes de comenzar una de sus célebres Silly Symphony. [Foto Artistas Asociados.]

LA «ESTRELLA» MÁS
JOVEN DEL CINE
ESPAÑOL

Filmoteca
de Cine

DIECIOCHO años ju-
tos y cabales. Por-
que María del Car-
men Merino nació
en San Sebastián, el
día 14 de mayo de 1919.
Comprobado con la par-
tida de nacimiento en la
mano.

Además, no hay más que
verla: rubia como el oro
y como el trigo maduro
—rubia auténtica, ¿eh?—,
con los ojos azules como
si fueran dos cachilos de
cielo colocados en una
cara bonita de culis ter-
so y suave, en cuya
blancura, la boca parece
más roja aún.

Si Mary del Carmen se
ocultara años se quedaría
en la lactancia. Aparte
de que los años, por
mucho que se oculten y
disimulen, se llevan en
el rostro y sobresalen
con sus arrugas y palas
de gallo, de masajes, cre-
mas y demás productos
de belleza.

Mary del Carmen tiene
dieciocho años de edad,
ni más ni menos.

Ni que decir tiene que
es la «estrella» más jo-
ven de la pantalla na-
cional.

¡Pero cómo esta adoles-
cente ha podido llegar
tan pronto al plano que
se resiste a tantas ve-
teranas del cine?

Es raro, pero no es obra
de ningún hecho mila-
groso, ni ha intervenido
la alquimia ni la tauma-
turgia en ello.

Había, por parte de Ma-
ry del Carmen, voluntad
de ser, y eso es todo.
Voluntad, decisión y una
ambición loca de triun-
far. Y, acaso, acompañan-
do a todo esto, el fac-
tor suerte en forma de
oportunidad, de llegar a
tiempo, que si no lo es
todo en la vida, es bas-
tante.

Desde muy chiquitita,
sintió Mary del Carmen
desmedida afición por el
cine. Muchos días, resi-
diendo ya su familia en
Madrid, en lugar de irse
directamente al colegio,
se metía en una sala de
proyección cinematográ-
fica. Luego, en su casa,
a las reprimendas iu-
veniles replicaba que la
protagonista de la pelí-
cula que había visto no
estaba mal del todo, pe-

Un primer plano de Mary del
Carmen en su última película
«El cura de aldeas»

MARY DEL CARMEN

ños ju-
tes. Por-
del Car-
no nació
rán, el
de 1919.
la par-
to en la

más que
a el oro
maduro
eh?—
es como
chilos de
en una
culis tor-
n cuya
parece

mon se
queda-
a. Apar-
cios, por
culten y
evan en
resalen,
y patas
ajes, cre-
roducia

en tiene
la edad,

ne que
más jo-
alla na-

adoles-
o llegar
ano que
ntas ve-

es obra
o mila-
arvenido
tauma-

de Ma-
voluntad
as todo.
n y una
e triun-
mpañan-
el fac-
orma de
llegar a
o lo es
es bas-

quittina,
Carmen
n por el
as, resi-
milita en
de irse
colegio.
sala de
ma:ográ-
su casa.
dar: i, or-
a que la
la peli-
visto no
ado, pe-

ro que ella se consideraba capaz de ha-
cerlo mejor. Y las protagonistas de aquel
tiempo solían ser Mary Pickford, Norma Tal-
madge, Pola Negri, Gloria Swanson y otras
artistas por el estilo, todavía en el apogeo
de su gloria.

¿Audacias e ilusiones de chiquilla? Sí,
tal vez, pero así y todo estaba ya en po-
tencia el deseo de la pequeña Mary del
Carmen de ser actriz del cinema.

Ya mayorcita —hace de esto dos años
aproximadamente—, se presentó un día en
los estudios de la Ciudad Lineal con la
pretensión de entrevistarse con Benito Pe-
rojo. No logró su propósito, porque el ci-
tado director no estaba en aquel momento
en los estudios. Pero Mary del Carmen, en
lugar de dejarlo para el día siguiente, se
fue directamente desde la Ciudad Lineal
al domicilio de Perojo.

Precisamente estaba por aquellas fechas
muy preocupado Benito Perojo, porque An-
toñita Colomé, designada para «estrella»
de su película en preparación, «Rumbo al
Cairo», la había comunicado que no le
era posible aceptar por tener ya firmado
contrato con Francisco Elías para actuar en
el film de éste, «Rataplan». Perojo no sa-
bía aún con qué artista iba a substituir a
la Colomé. De manera que Mary del Car-
men llegó hasta él con una oportunidad que
ella misma ignoraba.

Mary del Carmen, venciendo su timidez
y azoramiento, exigió —no hay otra pa-
labra que se ajuste a la realidad de aquel
momento— un papel de protagonista. El
«mélleur en scène» español quedó asom-
brado de la audacia de la encantadora cri-
atura que tenía delante y convinieron en
que se le haría una prueba; de cuyo re-
sultado dependía el logro de su ambición
o su fracaso. La prueba fue satisfactoria, y
Mary del Carmen entró en el cinema es-
pañol como «estrella» de «Rumbo al Cai-
ro».

Estaba vencida la primera etapa de su
carrera artística, la más difícil. No tanto
por la labor realizada por Mary del Car-
men en su primera salida a la pantalla
—podrían ponérsele ciertos reparos en un
juicio crítico severo—, como por haber te-
nido ocasión tan oportuna de empezar en
el cine con un primer papel, que actrices
más logradas y con mayor experiencia en
el arte de la interpretación, no han lo-
grado todavía.

A continuación, en «Es mi hombre», se
afianzó Mary del Carmen, encarnando un
personaje más a tono con su edad y tem-
peramento. Porque no cabe duda que el
artista, para dar el rendimiento artístico de
que es capaz, necesita interpretar person-
ajes adecuados a su figura, edad y tem-
peramento. Este es el abecedario del arte in-
terpretativo. Y si muchas veces asistimos al
fracaso de artistas de mérito positivo y
harto demostrado en varias actuaciones, es
porque se les obliga a encarnar personajes,
a representar tipos, contrarios y en pugna
psicológica y temperamental con su propia
personalidad.

Entre la Mary del Carmen de «Rumbo al
Cairo» y la de «Es mi hombre», preferi-
mos a la última, donde su trabajo está
revestido de mayor naturalidad y aplomo
y por prestarle, por más sentido, una emo-
ción más viva. Se la nota en este su se-
gundo film mucho más identificada con el
tipo y con el ambiente que en el pri-
mero.

La tercera obra hecha por esta joven
«estrella» es «El cura de aldea», adapta-
ción a la pantalla de la popular novela de
Pérez Ercilla, que en el pasado siglo incor-
poró a la novellística española el espíritu
de los románicos franceses y que, según



Filmoteca
Mary del Carmen en su pri-
mer film «Rumbo al Cairo»

el agudo y ponderado crí-
tico Rafael Cansinos As-
sens, introdujo la bohe-
mia, al estilo de Murger,
en la literatura española
con su obra «El frac
azul».

Los personajes de «El
cura de aldea», movidos
por el veterano Camacho,
viven intensamente
en el lienzo una acción
en un ambiente castiza-
mente español. Mary del
Carmen encuentra en ese
asunto y en esa atmós-
fera sentimental y dra-
mática, los elementos ne-
cesarios para que su arte
se inspire en una vida
un tanto romántica y con-
vencional contrastada con
la de esta hora, pero
que su carácter e inge-
nuidad asimila por com-
pleto, hasta el extremo
de que es «El cura de
aldea» el mejor film de
la más joven «estrella»
nacional.

Matteo SANTOS

La estrella más joven del cine
nacional. (Foto: Elcano.)

EN las alturas de Camrose Drive, muy cerca del famoso Hollywood Bowl, se destaca un palacete con honores de castillo medieval, redonda torre almenada y muros aspillados, residencia suntuosa de un hidalgo español que en su plaza de armas, en vez de cuarteles, abrió cinco garajes... El noble castellano, gran artista y gran señor siempre, vive hoy consagrado a la ilustre profesión de la enseñanza del «bien cantar». Por sus salones desfilan artistas de renombre y humildes principiantes, confundidos todos en un mismo

deseo de aprender o mejorar los métodos artísticos. El maestro lo es para todos, que «todos», grandes o pequeños, necesitan siempre de sus lecciones o de sus advertencias. Cuando llegamos al palacete de Camrose vemos en la antesala, aguardando turno, a Marion Talley, ex diva del Metropolitan, que acaba de hacer su brillante presentación en el cine; a Cristina Téllez, bella californiana de muy lumi-

noso porvenir, que ahora empieza a cantar en inglés y en español; a Stanley Morner, el novel astro de la Metro... ¡Aventajados discípulos!... Ellos y muchos más son hoy los heraldos de este maestro, que, por derecho propio, se ha convertido en la suprema autoridad musical de Hollywood. ¿Su nombre?;

Deanna Durbin, preciosa chiquilla de diez y siete años, revelación sin precedentes en la pantalla, que ha conquistado el mundo con su poderosa personalidad y con la maravilla de su voz privilegiada.

(Foto Universal.)



su primera luna de miel, saboreada con su también aristocrática compañera María Gutiérrez, el amor de su juventud— ni de Lolita, la encantadora primogénita de veinte años que ahora «le ha nacido» a Andrés, ¡por haber esperado a que la novia de sus mocedades fuese viuda y divorciada antes de casarse con él... (De lo que él hizo «mientras esperaba» vale más no hablar. ¡Seamos discretos!) Hablaremos solamente de una sensacional discípula, Deanna Durbin, que de la noche a la mañana ha triunfado en Hollywood con celebridad que muy pronto ha de extenderse de mundo a mundo. Una sola película, «Los tres diablillos», le ha bastado para verse destacada entre los artistas de primer rango.

Andrés de Segura, nuestro buen amigo el Comendador, que, por legítima herencia de sus antepasados, bien pudiera ostentar sobre el portón de su castillo una corona de conde...

Pero no vamos a ocuparnos hoy de Segura —que en estos días disfruta de

este bendito clima de Hollywood, en primavera siempre, pero con un frío tan húmedo por las noches que hasta en verano exige mantas en la cama! (Y a los conciertos nocturnos del Bowl, al aire libre, hay que llevar también las mantas para envolverse uno en ellas, pues los asientos y respaldos se empujan en rocío...)

El padre de Deanna es agente de bolsa, y de niño tuvo una bella voz de soprano, que lució en el coro de la Iglesia de Newton Heath (Inglaterra), donde entonces vivía. Ya hombre se hizo herrero y se fué a Canadá, trabajando en el ferrocarril del Pacífico. Se casó, tuvo una hija, quiso que cantara, y fracasó en su intento. Algún tiempo después nació Deanna y desde muy niña dio muestras de poseer una voz privilegiada. (Por lo menos, según asegura el padre, sabía llorar muy armoniosamente...)

Decidió dedicarla al canto y temió que el frío de aquella tierra malograra su voz. Se trasladó a Hollywood entonces y en cuanto fué posible metió a Deanna en una escuela pública... La chiquilla, por juego, empezó a cantar entre sus condiscípulos. A los diez años de edad ya se reveló con un arte divino. Todos los que la oían se asombraban... De la Manchester Avenue School, donde inició su educación, pasó a la Bret Harle Junior High School, de Los Angeles, sobresaliendo desde el primer día... Y el año pasado, en una fiesta de final de curso, alguien que oyó cantar a Deanna se apresuró a divulgar la predicción de que había nacido una estrella...

Inmediatamente fué puesta en manos del maestro Andrés de Segura, con el que ya estudiaran Francia White, Ma-

Marion Talley, Mary McCormick y otras hoy muy renombradas cantantes... Médicos especialistas reconocieron la garganta de Deanna y la encontraron perfectamente desarrollada, aunque aún no había cumplido sus catorce años, asegurando que con la edad aumentaría el volumen de la voz, pero no su calidad, que ya es extraordinaria... Cantó «El beso» con gusto insuperable, y esa misma popular canción italiana, que en la fiesta de la escuela sorprendió a cuantos la escucharon como si nunca hasta entonces la hubieran oído, fué la misma que cautivó a Eddie Cantor, que también se precipitó a incluir a Deanna Durbin en sus programas de radio... En los estudios de la Universal quisieron oír a Deanna «en persona» y «El beso» hizo el milagro de que la muchacha fuese contratada inmediatamente para interpretar la protagonista de «Los tres diablillos», deliciosa película, cuya atracción culminante es el famoso y tan saboreado «Beso»... (Indudablemente, hay «besos» con fortuna...)

Los compositores alemanes Walter Jurmann y Bronislaw Kaper han hecho una preciosa música para que Deanna Durbin la cante en «Three Smart Girls», y Gus Kahn escribió los cantables. Pero he aquí lo más asombroso: Deanna Durbin, además de una gran cantante, es una gran actriz... Y es muy jovencita y es muy linda... ¿Qué más pudiera apetecerse?...

Deanna Durbin vive con sus padres en una modesta casita de las montañas de Hollywood y hace una vida de ejemplo colegiala. Estudia mucho, ¡estudia siempre!, y sólo sueña con ser la estrella que ella vislumbró de niña y que ahora empieza a iluminar su ruta... No tiene novio aún y todo su amor lo concentra en Tippy, un puro «spaniel» que la acompaña a todas horas...

(Pero ya verán ustedes cómo al perrito le substituye muy pronto el diabólico e inevitable galán!... (Diabólico, porque «el primero», si no es también el último, siempre tiene mucho de serpiente paradisíaca...)

Deanna (que en su vida privada se llama Edna Mae Durbin) tiene cinco pies y dos pulgadas de estatura, pesa cien libras nada más, sus ojos son azules y el cabello es castaño. Es alegre, vivaz y su sonrisa es cautivadora.

El compañero «Don Q» está encantado de haberla conocido y, en secreto, se ha atrevido a revelarnos que «comprende» que haya secuestradores... Si no hubiera policía, jueces, cárceles, silla eléctrica y demás «atracciones» legales, ¡sería capaz de robársela!...

Para evilarlo, sin duda, Charles Rogers, el productor, ha ofrecido a Deanna una casa de «ladrillos de cristal», que Irene Dunne puso en moda y que es la última palabra en construcciones. Una casa luminosa, transparente, que mantenga a Deanna «casi» a la vista de todos...

Y eso será tan sensacional como su éxito, porque, hasta ahora, ninguna estrella se hubiera atrevido a vivir ¡en Hollywood!

en una casa... Miguel de ZARRAGA de cristal... Hollywood, 1937



Los felices intérpretes de «Los tres diablillos». De izquierda a derecha, Deanna Durbin, Binnie Barnes, Barbara Reid y Nan Gray. (Foto Universal.)

La niña que añaba ser estrella...

FUERA DE PROGRAMA



Margot Grahame nos muestra la confortable vida de la bañista que huye del mundanal ruido. (Foto Columbia.)

UN PLATO APETITOSO

Peter Lorre, el conocido protagonista de «M» y «Crimen y castigo», pasea por los círculos artísticos de Hollywood su monda cabeza y su cuerpo achaparrado.

—Tiene cara de criminal, pero es una buena persona— afirma un actor, entre un grupo de amigos.

—Sí; es un muchacho excelente; hasta los niños le gustan con delirio.

—¿Crudos o asados?— pregunta una señorita maliciosa, que no le profesa una simpatía total.



La encantadora Glenda Farrell estaba en la Warner. Pero ahora trabaja por su cuenta. Sin bajar por su cuenta, se está construyendo un palacio de elegancia y admiración con que sabe llevar un tablero. (Foto Warner.)

El vehículo más económico: la humilde corbata; el sistema de tracción más práctico: el marido que se mueva por su propio esfuerzo. Es un bonito panorama de posibilidad para los matrimonios que sueñan tener coche. Pero no recomendamos el sistema, entre otras razones, porque resulta que el que pone los pies a las fotos, es casado. (Foto Columbia.)

IACAPARADORI

—¿De modo que usted es el autor del argumento, el confeccionador del guión, el director y el protagonista, todo en una pieza?

—Sí; puede usted decir que soy el Mussolini de la película.—



¡OH, LO QUE VEREMOS!

Un caluroso elogio de Ernst Lubitsch sobre Marlene Dietrich:

—Marlene tiene alma de artista. Hasta ahora, todos los papeles interpretados por ella han sido siempre los mismos. Ademanos exóticos, sonrisas voluptuosas, ojos entornados, exhibición de piernas...

—¿...?

—Oh, sí; son hermosas, hermosísimas; están formidablemente bien dibujadas. Pero... ella tiene algo más... algo más que... algo más que veremos en su próxima película.—

(Mister Lubitsch)



EL GLOBO HUMANO

A Edward Arnold se le llama en los estudios «el globo humano». Arnold se hincha y deshinchas a voluntad. Para «El rey de los brillantes» se vió obligado a ganar diez kilos, y para la que está filmando actualmente los directores le exigieron que perdiese quince kilos.

Cuando se le solicita para algún papel, el representante de Arnold, que es un humorista, pregunta:

—¿Cómo lo quiere usted? ¿Con hueso o sin hueso?—



Un alegre papiapapales que nos gustaría leer en nuestra mesa de trabajo, para poner los pies en los fotos.—sonoras— en las fotos.— (Foto Metro.)



Los estrambóticos hermanitos Marx hacen cosas estrambóticas con ese estrambótico instrumento. (Foto Metro.)

cho que eran casados, pero el espectador lo deduce porque discuten con esa manera peculiar con que lo hacen marido y mujer.

Se apagan las luces. Aparece en la pantalla el león rugiente de la Metro. El marido exclama, jubilo, en voz alta:

—¿Eh? ¿No te lo decía yo? (Esta película ya la han hecho en el pueblo!—

EL ARGOT DEL OFICIO

Habla un ingenuo:
—He ido por primera vez a ver filmar en un estudio. Todo lo que allí sucede es absurdo. Dos personajes sostienen un diálogo amoroso en un sofá. El dice «¡Al fin solos!», pero lo menos había cuarenta personas presenciando la escena. Estaba yo curioseando por un salón cuando un caballero ha empezado a gritarme:
—¡Eh, salga de aquí, que

Filmoteca de Catalunya

—No, señor. Yo estoy en una sala. Por cierto que hay una terrible comiente de aire.—

Después he sabido que el campo, en el argot del oficio, es la zona que abarca la cámara.



(Un poco más de seriedad, caballero! Una persona de su edad debe usar ropas menos llamativas y hechas menos estridentes; llevar un reloj en la muñeca; culder que la corbata haga juego con el traje y lanzarse por estos cines y calles a rendir corazones femeninos, que esto menos que puede hacer un señor que llegue a la edad proveyda a que usted ha llegado. Lo contrario, es hacer oposiciones para entrar en un manicomio confortable, o quedarse algún homatuz en la cabeza. De eso no se salvará usted ni amparándose bajo el pabellón americano. (Foto Paramount.)

PARA *ser* BELLA

por MARY GLORY

Es evidente que tuve una suerte loca al ganar un primer premio en un concurso de belleza. Este resultado inesperado y, por qué no decirlo, halagador no fué resultado de complicados secretos de tocador, sino, al contrario, a la absoluta ausencia de los mismos. Y como esto pudiera

parecer un exceso de vanidad, quiero contarlos cómo sucedió:

Fué en París donde se celebró el famoso concurso. Naturalmente se presentaron innumerables candidatas, todas con la secreta ambición de recibir el preciado honor, entre ellas había verdaderas bellezas, muchachas dignas de alcanzar el galardón supremo de la belleza y elegancia. La verdad era que yo a su lado me sentía agobiada y sólo gracias a la gran confianza en mí misma llegué a presentarme. Sin embargo, casi todas las candidatas tenían un defecto y nadie se lo advertía. No confiaban en la generosidad de la naturaleza, en el manantial inagotable de sus dones.

Elas no sospechaban y la verdad es que yo tampoco, que el jurado estaba ya fatigado de tantos culis maquillados, de ojos sombreados y pestañas con rímel, de bocas pintadas en forma perfecta y eran sensibles al atractivo de unos ojos luminosos y sin reloques y a la frescura de una piel sin cremas ni otros afaites. Por esto decía que al llegar del fondo de Normandía ignoraba que la suerte era mi compañera. Cuando el grave jurado se vió delante una mujercita ruborosa y algo espantada, vestida con un traje sastre no muy bien cortado, zapatos bajos de chiquilla, con sólo una ligera capa de polvos sobre su aterciopelado cutis, acostumbrado a las caricias del sol, del agua y del aire, abrieron los ojos, asombrados de tamaña osadía. Una reverencia algo anticuada, la mejor de mis sonrisas, y con tan pocos elementos gané la gran partida.

Así fué cómo descubrí el

verdadero secreto de la belleza, y como la receta era excelente he continuado practicándola con todo fervor.

Sin regímenes especiales cuando ha sido necesario adelgazar, he perdido el peso superfluo sin métodos complicados y costosos y he conservado mi apariencia agradable y natural. Y agradecida a los dones de la naturaleza quiero que todas practiquéis con entusiasmo su culto.

Uno de los elementos más esenciales para la belleza es el agua. Nunca me encuentro más a mi gusto que dentro de ella. Sea en casa, o bajo una ducha, dentro una piscina o mejor en el mar, yo soy feliz. Si tenéis oportunidad, aprovechad vuestras horas de expansión dentro del agua. Una piscina o el mar pueden hacer milagros. Allí nadad, saltad, sumergíos; en todo caso, juguetead salpicando en las delicias del agua resbalando sobre vuestra piel, y después un buen baño de sol completará la cura. Y vuestra piel, agradecida a vuestros cuidados, tomará la deliciosa frescura de una chiquilla, que es lo esencial. Para

el baño y la ducha, personalmente prefiero el agua tibia. En el mar acepto todas las temperaturas. Soy grandes amigos y jamás me trata con demasiado rigor.

Desterrad la cosumbre de lavaros la cara con jabón. Cuando he pasado muchas horas filmando y debo quitarme un maquillaje pesado, empleo aceite de oliva con excelentes resultados. Una vez al día limpio mi cara y cuello con una crema suave, y eso es todo.

En la ciudad, antes de salir a la calle, me doy una ligera capa de polvos y un poco de rojo en los labios, algo muy discreto. Pero en el campo, donde escapo a la menor oportunidad, lo que representa una estancia de unos seis meses al año, allí no gasto absolutamente nada. Mi rostro, como mis brazos y manos, gozan de las delicias del sol y el aire en completa libertad.

Elegir es algo que con el tiempo puede haceros cambiar el carácter; por esto hacedlo a tiempo, siguiendo el primer impulso y vuestro temperamento, prescindiendo de todo lo demás. Yo

pronto estoy decidida, entre unas horas de baile y cócteles y un buen paseo al aire libre, siempre el primero es sacrificado a las delicias del segundo. Para mí el movimiento es tan necesario como la misma comida.

Cuidad vuestra moral. Cuidad vuestro espíritu. Comed mucha fruta y no abuséis de las cremas y maquillajes costosos. El agua y el sol hacen maravillas en las mejillas pálidas y en los labios anémicos. Ellos os darán la aterciopelada frescura de una fruta en sazón. Y, por favor, no sacrificuéis vuestros cabellos a la fiera dictadura de una moda cruel. Dejad vuestra cabellera del tono que os dió la naturaleza y cuidadla con cariño, haciendo de ella una corona triunfal para vuestro rostro.

Vestíos sencilla y con natural elegancia. Sonreíd siempre, que la sonrisa sea como una luz perpetua que ilumine vuestro semblante. Y así, sin rímel en los ojos, ni rojo en los labios, ni esmalte en las uñas, sin ser una belleza, seréis atractivas y, por lo tanto, dignas de atención.

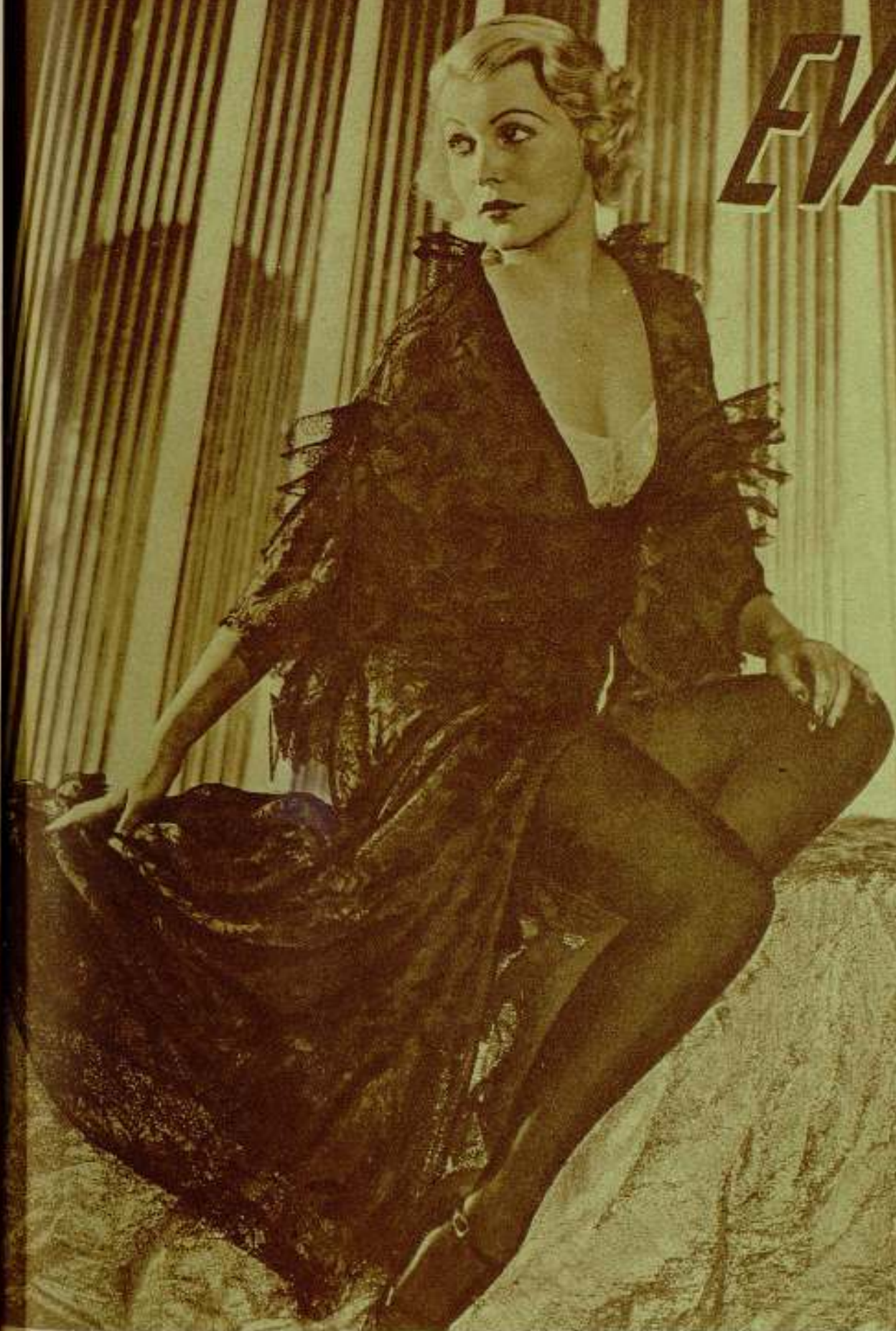
Todo el secreto de nuestras aspiraciones se resume en pocas palabras: «¡Ser agradable a la vista!»



Filmoteca

Muriel EVANS

Foto M.G.M.





SHIRLEY TEMPLE

Si la gracia, donaire y simpatía han encarnado alguna vez en un artista; si un éxito hay legítimo en el cinema, que no se deba al favor, a la publicidad, o a cualquiera protección interesada, ¿quién puede dudar que corresponden legítimamente a esta pequeña gran «estrella», admiración de todos los públicos y maravilla del llamado séptimo arte?

El actor más modesto y el más simpático de todos, lleva mucho tiempo en el cine y prefiere su trabajo a cualquiera otra ocupación.

de 1899 la fecha de su nacimiento.
Su carrera teatral comenzó a los cinco años, tomando parte en una picecita representada en el colegio a que asistía. Después de eso sintió dos anhelos: convertirse en un gran músico profesional o afiliarse a algún grupo de vaqueros de los que se dedican a presentar entretenidas exhibiciones de "rodeos" o, como se dice a veces, «espectáculos salvajes del Oeste».
Después de graduarse en el instituto de Milwaukee, se matriculó en la Universidad de Marquette, donde quería haberse graduado de abogado y llegar a ser un gran criminalista. Sin embargo, las funciones de aficionados que representaban los amigos y la práctica de los deportes ocupaban mucho de su tiempo. Durante los últimos dos cursos en aquella universidad, fue capitán del club deportivo y ganó el primer premio en varios deportes en compañía de sus asociados.
Su carrera cinematográfica comenzó por un incidente inesperado que ocurrió cuando se representaba en la universidad la obra titulada «Foul Ball Kelly». El actor Jimmy Gleason concurre a la fiesta y, durante la representación, alguien se acercó a Gleason y le dijo:

—Fíjese en el joven actor que hace de protagonista para que vea que muchos aficionados teatrales valen más que algunos profesionales del cine.—

Gleason se sintió insultado, pero cuando quiso seguir la argumentación con el joven que le había dicho estas palabras, aquel atrevido se había confundido entre la concurrencia. Sin embargo, Gleason se fijó en el actor, que era Pat O'Brien, y terminada la función le dijo:
—Me alegro de la advertencia de aquel imprudente, aunque me sentí molesto por su observación. Su actuación me ha impresionado y quiero que cuando se grabe procure entrevistarse conmigo. Mi nombre es James Gleason.—

Pat O'Brien no olvidó aquel ofrecimiento y debido a la influencia de Gleason pudo al fin

ver emprender una gira que duró varias temporadas, hasta que logró que le presentaran en Broadway en la obra que

PAT

O'BRIEN

CONTRA lo que generalmente se cree acerca de que Pat O'Brien nació en Irlanda, el joven actor es natural de la

ciudad de Milwaukee, Estado de Wisconsin, en los Estados Unidos de Norteamérica, siendo el día 11 de noviembre

llevaba por título «Un hombre contra otro hombre». Más tarde apareció con Helen Hayes en la versión teatral de «Coqueta», y al año siguiente fue nombrado protagonista de «La primera plana», hermosa obra teatral que le llevó eventualmente hasta California, donde encontró su primera orientación para comenzar a actuar en el cine, interpretando en la película el mismo papel que había hecho en la obra teatral.

Después de esa creación figuró en algunas otras con papeles de poca importancia, hasta que llegó la titulada «Veinte millones de enamoradas», que es, de todas sus creaciones, la que él prefiere, aunque recientemente ha interpretado admirablemente uno de los principales papeles en «La divina Gloria», con Marion Davies.

Pat no es demasiado idealista, sino un hombre muy práctico que prefiere ser actor de cine porque dice que este trabajo le permite comer a sus horas... lo que él considera de gran importancia.

Está casado con una mujer muy optimista y muy emprendedora, que posee una casa de modas, donde Pat concurre a comprarle, para ella misma, los modelos que más le agradan, siendo Pat O'Brien uno de los mejores clientes del establecimiento de su mujer, quien le cobra lo justo por los trajes y sombreros que él compra y que luego ella encuentra en su casa como regalos de su marido.

Estas cosas solamente ocurren en Hollywood, donde el amor no es más que un lazo sentimental y los negocios son enteramente aparte, pudiendo una esposa tener una sociedad comercial en que el marido sea su asociado, pero llevando las cuentas con la misma escrupulosidad que si fueran extraños. En el caso de los O'Brien, la esposa reunió el dinero que invirtió en su casa de modas, pero O'Brien le hizo un préstamo para que ella pudiera salir convenientemente el establecimiento.

Pat O'Brien, además de ser un profesional del cine, es también un fanático. No pierde ninguna película en que trabajen sus favoritos, que son: Clark Gable, Walter Huston y Spencer Tracy. No confiesa cuáles de las estrellas son sus predilectas, pero se sabe que ha visto todo lo que ha hecho para el cine Helen Hayes.

Fuera del cine lo que más le interesa es la literatura y admira a George M. Cohan como escritor y como compositor inspirado. Su biblioteca particular contiene infinidad de tomos valiosísimos, pero el actor dispone de poco tiempo para leer, por lo cual con frecuencia presta sus libros para que otros los lean y le den sus opiniones. De este modo lee primero los más interesantes, siempre teniendo que ha de faltarle tiempo para leerlos todos.

Pat O'Brien cuida siempre de vestir bien; pero no es uno de esos tipos que se creen árbitros de elegancia, ni mucho menos... Por tanto, para él los señores de Nueva York y de Hollywood son suficientemente modernos y elegantes, no teniendo necesidad de recurrir a Londres ni a París para adquirir sus trajes.

Tiene aversión a las personas que hacen una profesión del arte de disculparse, y él nunca se disculpa de nada: «Si cometo un error soporto valerosamente las consecuencias, pero no trato de disminuir su culpa. También es refractario a los estrenos de películas, en que todo el mundo trata de darse bombo



Pat con su esposa, la ex actriz de teatro Eloise Taylor.

[Foto Warner Bros.]

mutuamente. No le agrada vestir de etiqueta, considerando que un traje obscuro bien cortado es tan elegante como un tuxedo o un frac; pero, sobre todo, lo que a Pat O'Brien le inspira verdadera aversión es un hombre falso. Las personas que ocultan la realidad de las cosas y quieren engañarle a sabiendas se le hacen repulsivas inmediatamente.

No confiesa que quiere acumular dinero, pero vive muy económicamente y su cuenta en el banco sube rápidamente, de modo que, aunque no lo diga, se sabe que es un creyente en el hábito del ahorro.

Los martes y jueves por la noche no se le encuentra nunca en su casa, pues es un fanático del pugilismo, y esas noches las dedica a ver las peleas, ya sean entre boxeadores conocidos o entre principiantes, pues lo que a Pat le interesa es el deporte en sí. Fué un gran boxeador mientras estuvo en la universidad y también practicó el fútbol con gran entusiasmo.

Su lectura favorita en los periódicos son las páginas deportivas y las noticias relacionadas con la política. No lee nunca las críticas de teatro ni de cine y confiesa que no lo hace por temor a encontrarse que le censuren en algunas de ellas.

Está casado con la ex actriz de teatro Eloise Taylor, a quien conoció cuando ambos trabajaban en el teatro en Broadway. La estuvo cortejando tres años, pero ella no le correspondió hasta después que él obtuvo éxito en el cine. No tienen hijos, pero recientemente han adoptado una niña.

Su estatura es de cinco pies y once pulgadas y pesa ciento setenta y cinco libras. Su pelo es castaño y sus ojos oscuros.

Está contratado por Warner Bros. y sus películas más recientes han sido: «Los desaparecidos», «Amor por teléfono», «Kid Simpatía», «¡Qué mujer!», «Veinte millones de enamoradas», «La generalita», «El predilecto», «La divina Gloria», «Por unos ojos negros» y «Águilas heroicas».

O'Brien no cree en el divorcio ni lo estima necesario; por lo tanto, las alternativas del corazón no han de interrumpir su brillante carrera artística; pero siente deseos infinitos de viajar y espera encontrar el modo de arreglar su próximo contrato para que le deje libre medio año para pasearse a su antojo por la faz de la tierra. Un artista completo, un gran amigo y un hombre de una lealtad y unos principios de honradez insuperables, es Pat O'Brien uno de los prestigios del cine.



Compare el actor antes dos fotos de Carol Lombard, la primera, de hace seis años, cuando trabajaba en la Pathé. La otra es de nuestros días. ¿Qué mago prodigioso defendió las huellas del tiempo en la faz cada día más jovial y hermosa de Carol?

Imagínate, querido lector, a Claudette Colbert sin su flequillo, a Carol Lombard sin sus rizos, a Marlene Dietrich sin los pómulos salientes y a Gary Cooper con los labios pintados.

La perspectiva es fantástica y, sin embargo, es la verdad. Es más, tal era el aspecto de los referidos artistas hace poco más de cinco años.

El cambio en el aspecto de los artistas de cine es tan gradual que rara vez se llega a notar, pero si pudiéramos comparar las películas hechas en 1931 con las que se hacen actualmente notaríamos una gran diferencia.

Para varias de las estrellas más famosas los años han pasado sin consecuencias funestas. El hecho de que se hayan mantenido en la cumbre significa que, lejos de perder sus atractivos, los han aumentado.

Las modas cambian y las estrellas, naturalmente, se ajustan a ellas cambiando sus peinados, vestidos y maquillajes. Esto produce un cambio en su aspecto que al cabo de varios años resul-



Véase a Claudette Colbert en una foto de cuando debutó en 1930 en «La incorregible», sin el clásico flequillo que ha adoptado después para su gracioso rostro.

ta sumamente radical. En ciertos casos el cambio no es sólo de aspecto, sino también de carácter y personalidad.

Carol Lombard, por ejemplo, podría disfrutarse de una manera efectiva con sólo arregiarse del mismo modo que solía hacerlo hace cinco años. En 1931 apareció con William Powell, con quien más tarde se casó para terminar en divorcio, en «Un caballero de compañía». Actualmente colabora con Fred Mac Murray en el film «Comenzó en el trópico». Resulta difícil imaginar que una persona puede transformarse de tal manera, pues la diferencia entre las dos Carols es verdaderamente asombrosa.

Cuando Carol ascendió a estrella interpretó algunos papeles de carácter ligeramente dramático, para los cuales era necesario un maquillaje discreto. Sus films recientes, incluyendo el que está filmando en la actualidad, han sido comedias en las cuales interpreta papeles de muchacha algo ligera de cascos. Sus peinados exóticos y sus «toilettes» aparatosas se adhieren, naturalmente, a este tipo. Por lo que se refiere a Claudette Colbert preciso es reconocer que



La transformación de Marlene en su aspecto físico, al menos, ha sido sorprendente. No hay más sino contemplar estas dos fotos: la de la izquierda, hecha a su llegada a Nueva York la otra, recientemente.

su personalidad no ha cambiado a pesar de que en su aspecto físico la transformación ha sido realmente sorprendente. Una de sus primeras películas fue «La incorregible», producida en 1930. En ella interpretaba el papel de una muchacha moderna y llevaba el cabello sin rizos. Varios años después adoptó el peinado con flequillo, y este ligero cambio, combinado con la pérdida de unos cuantos kilos de peso, modificó notablemente su aspecto.

La pérdida de peso acentuó la forma triangular de su cara y el flequillo acabó de hacerla más evidente. Claudette no piensa quitarse el flequillo a menos que el argumento de la película lo exija, como sucedió con la más reciente de sus interpretaciones, la de protagonista en el film «La doncella de Salem». Pero en el próximo film, que se titulará «Lo conocí en París», aparecerá con su peinado favorito.

Marlene Dietrich llegó a Hollywood en 1930, con el aspecto de una muchacha recién salida del colegio. Los retratos que se hizo en aquella época nos muestran una muchacha de cara ovalada



Los aspectos de Gary Cooper. En uno de ellos vemos al Gary Cooper de hace cinco años. En el otro, al Gary Cooper de hoy, mucho más jovial y atractivo.

y mirada ingenua. Compárense estos retratos con los de la misma actriz en «Deseo» o en «El jardín de Alá».

Hoy en día, Marlene, a pesar de sus varios años de residencia en los Estados Unidos, aparece con un tipo mucho más exótico que cuando llegó de Europa. En la actualidad está bastante más delgada, lo cual contribuye a hacer más evidentes sus pómulos salientes. Con sus cejas arqueadas y sus peinados extremados, Marlene es una mujer enteramente distinta de cuando debutó.

Gary Cooper ha sido siempre el hombre fuerte y silencioso. Pero en los días de «Flor del desierto» y «El virginiense» era casi un adolescente. En las películas silenciosas y en algunas de las primeras habladas, Cooper aparecía con los labios pintados, para tal era la costumbre entre los actores de la época. En «El llanero» y en «Almas en el mar» Cooper no lleva ninguna clase de maquillaje. La mayoría de sus admiradores sostiene que con la madurez ha ganado en aspecto. El lector tendrá que decidir este punto, pero estamos todos de acuerdo en que está mucho mejor sin los labios pintados



CÓMO SE HACEN LAS PELÍCULAS

Un grupo de hombres solemnes, de facciones duras, vestidos con la ropa característica de los puritanos, ha invadido un rincón del estudio de la Paramount. Sus anchos sombreros negros y sus largas capas de paño oscuro forman una nota sombría de color.

Sentados en unos bancos, los comparsas esperan que les llegue el turno de aparecer en la producción de Frank Lloyd «La doncella de Salem». Frank Lloyd, director de la producción, se muestra impaciente. Levantándose de su silla de tijera, colocada cerca de la cámara, pregunta:

«¿Estamos, Claudette?»

«Voy enseguida», contesta la actriz.

Y unos momentos después aparece vestida con un sencillo traje azul oscuro, cuya larga falda cubre un delantal azul pálido. Por todo adorno lleva un cuello y unos puños blancos.

«¿Cada cual a su sitio!», dice Lloyd mientras un ayudante grita: «¡Silencio!»

Un tramoyista se arrodilla ante Claudette para atarle unas cadenas a los pies y a las manos, y un maquillador le da los últimos toques. Las cámaras empiezan a rodar y ante nuestros ojos tiene una vida ordinaria a las regiones insostenibles del arte.

Claudette Colbert se ha estimado y en su lugar vemos a Barbara Clarke, una muchacha puritana acusada de sortilegio por las supersticiosas colonas de la Nueva Inglaterra. Sus ojos se llenan de lágrimas, sus labios tiemblan y su



DESDE HOLLYWOOD

cuerpo se agita nerviosamente bajo el imperio de la emoción.

«¡Si exclama con pasión—, ¡acusaron a mi madre de bruja! ¡Y después la quemaron! Pero esto no prueba que fuera culpable ni que yo lo sea... ¡ni que lo sean las muchas personas que habéis condenado!»

Una ligera pausa mientras recobra el aliento y seguidamente exclama con renovado vigor:

«No se nos juzga con justicia, sino con miedo, ignorancia y superstición!»

Llegado este momento Lloyd indica con gestos a los comparsas que les ha llegado la hora de actuar y un murmullo general llena la sala. Un poco más tarde, en la cámara enfocada hacia ellos, gestulan y hablan entre ellos con sorprendente realismo.

La escena prosigue y el magistrado, Henry Keller, se levanta para señalar con el índice a la muchacha.

«¡El diablo habla por su boca!», grita.

Con los ojos centelleantes la muchacha toma una actitud de desafío.

«Ese poder mágico de que habláis no existe», añade.

«¡Blasfemia!», grita el magistrado. «¡Confiesa o morirás!»

Aunque me cueste la vida no quiero confesar una mentira», responde la muchacha.

Lloyd hace otra señal y la muchedumbre vuelve a agitarse lanzando exclamaciones, entre las cuales destacan los gritos de «culpable» e «Inocente».

Unos instantes después el director lanza el grito de «¡Corte!» y queda sorprendido ante el incidente

que sigue y que no estaba previsto en el programa.

Todos los circunstantes, incluyendo actores, comparsas y personal técnico, aplauden frenéticamente, expresando de esta manera su tributo a la magnífica interpretación de la primera actriz.

Lloyd está visiblemente afectado.

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

«¡Magnífico!», exclama, dirigiéndose a Claudette. «Ante semejante discurso no hay desalmado que se atreva a cotraria».

«Pero, según reza el argumento», contesta Claudette, «poco le falta para que lo hagan».

UN FILM DE CABALLISTAS INÉDITO

Este es el calificativo que Cecil B. De Mille da a su espectacular producción «El llanero», basándose en las siguientes razones:

«En ella no figura ni un solo «sheriff» con su correspondiente chapa en forma de estrella. Uno que apareció en el «set» del pueblito de Deadwood fue echado sin contemplaciones.

«No hay un solo ladrón de ganado.

«No se discuten derechos de regadío.

«Los mestizos han sido eliminados.

«La heroína no es ni hija de un acandadoado, ni una señorita del Este que visita el Oeste por primera vez.

«No hay ningún villano que habiendo descubierto oro o petróleo en una finca trate de adquirirla a bajo precio del inocente propietario.

«Nadie salva a la heroína de un caballo desbocado.

«El héroe no apaga a tiros las luces del café.

«La consabida frase del héroe: «Los alcanzaré tomando el atajo» no figura en el diálogo.

«Y no hay ninguna escena con peleas al borde de un abismo.»

Sin embargo, la película nos revela algo nuevo en la historia de los combates en las praderas de los Estados Unidos. En una de sus escenas vemos cómo los peñoles sin escrúpulos de aquella época vendían armas a los indios de modo que en el combate de Custer los indios tiraban con rifles de repetición mientras los colonos tenían que defenderse con fusiles antiguos que tenían que cargar cada vez que disparaban un tiro.

Visto y Oído

lo debo a la interpretación de jóvenes ricos, elegantes, correctos, siempre dispuestos a socorrer al necesitado o a ayudar al desvalido en cualquier orden moral o material.

Trabajo mucho y me conceden escasas vacaciones. No obstante, busco la mejor manera de aprovecharlas, aceptando las invitaciones de mis amistades y procurando divertirme.

Filmar no es un trabajo fácil ni agradable; precisa una enorme concentración mental para no distraerse con la gente que interviene en cada una de las escenas filmadas, cuya anónima participación parece extraordinaria al revelarse el film.

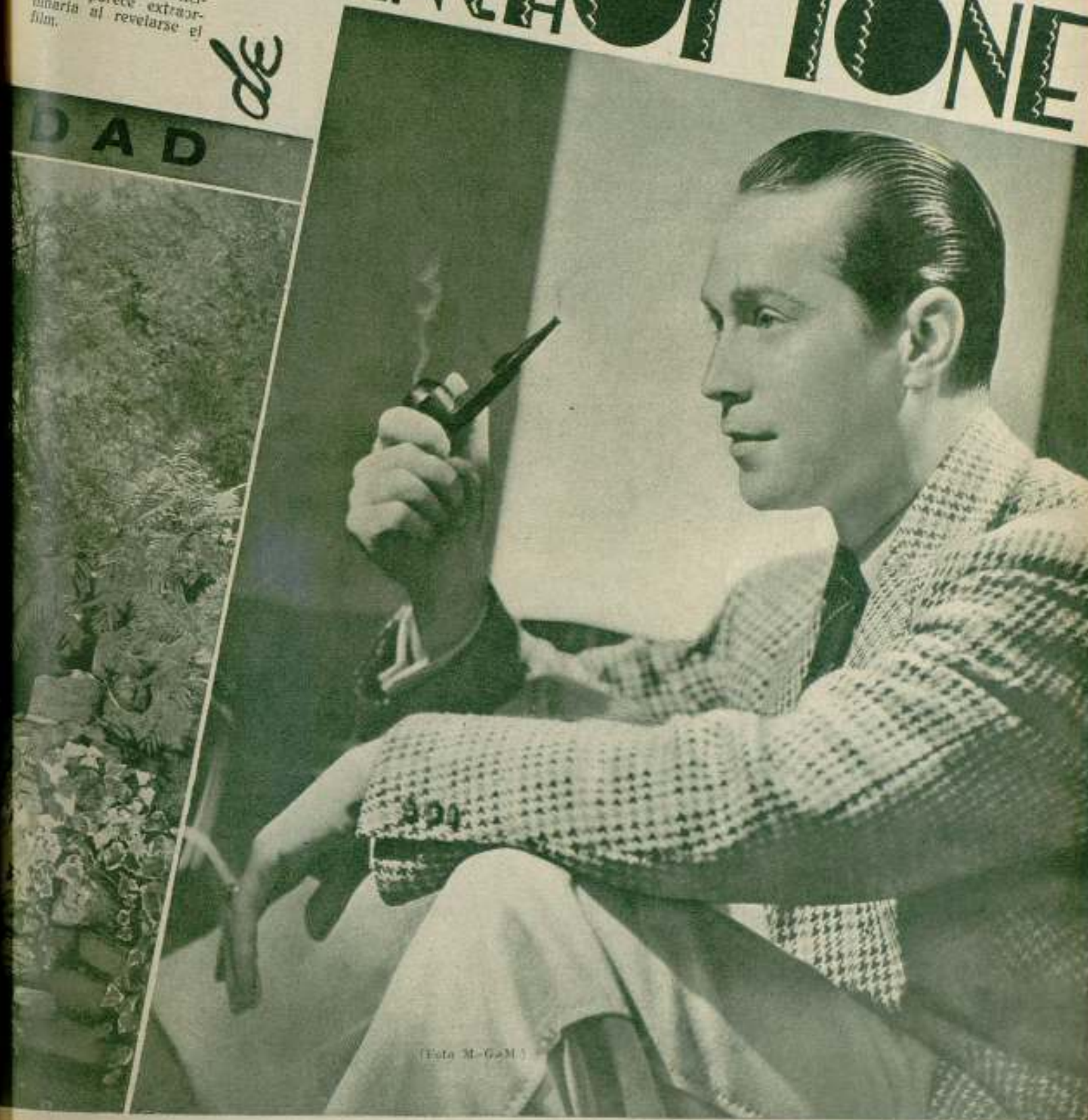
Es comprensible que para el espectador, el cine, con su gran movilidad y fantásticas posibilidades, tenga mayor aliciente que el reducido espacio de un escenario. Sin embargo, para el actor resulta más fácil y sencillo abstraerse, vivir sólo su papel sobre el tablado, y ante la luz de las candilejas, que no bajo la severa mirada de una

lente que registra las más ligeras imperfecciones. Definitivamente, durante los intervalos que me proporciona mi contrato actuaré en el teatro. Creo que de la experiencia combinada de los dos artes, pueden surgir excelentes creaciones.

Robert K. ATWILL.

FRANCHOT TONE

de



(Foto M-G-M)

EN la simpática y popular figura del conocido actor existen dos personalidades distintas formando una sola individualidad.

La primera, que por ser casi desconocida de sus admiradores, tiene más relieve y un mayor interés, la designa como le corresponde por el título conferido.

Pocos pueden envidiarse de haber penetrado en la intimidad de su vida privada, pero un acontecimiento público

Quizás no sería exagerado afirmar que en los destellos picarescos que brillan constantemente en sus ojos oscuros y acariciadores, reside el secreto de la fama de Franchot.

Cuando el joven actor canceló su contrato con el Group Theatre de Nueva York, para marchar a Hollywood, su gesto fue arogado con cierta prevención. Los eternos pesimistas, desconociendo su tenacidad, le auguraron un fracaso. Pero Franchot Tone aceptó el anónimo desafío, y el tiempo le ha de-

—Es natural que mi opinión no cuente gran cosa en los asuntos cinematográficos. Yo soy sólo un actor, un artista que procura infiltrar en sus papeles una sensación humana de realidad. Me conozco demasiado bien para hacerme ilusiones. No he nacido para desilusión en algún corazón femenino, pero ante todo debo ser sincero.

Generalmente interpreto en la pantalla personajes con ligeras tendencias románticas y gran parte de mi éxito

clarado vencedor absoluto. Franchot Tone es uno de los mejores y más apreciados artistas de Hollywood, pues su arte comprende una especialidad algo difícil, que no se adapta a todos los caracteres. Con absoluta sinceridad contesta a unas preguntas insidiosas.

proclamó la calidad de un joven de sólida y vasta cultura que se ocultaba anónimo entre la gran masa estudiantil americana.

Su exquisita sensibilidad, clara inteligencia y cordial compañerismo hacia sus condiscípulos le granjearon una popularidad inusitada entre los colegiales y por eso, al anunciarse que se le concedía una mención especial honorífica, cuando se graduó en la Universidad Americana, fue recibida la noticia con espontáneo aplauso.

El don innato de su simpatía obra de una forma lenta pero eficaz, y al impulso de la amistad, brota la firmeza de su leal la menor vacilación todos los embates de la vida. Habla en tono bajo y con voz persuasiva y en distintas ocasiones esta cualidad le ha proporcionado excelentes y remunerativos negocios.

Posee el verdadero sentido del humor y sabe distraer a su auditorio con la amenidad y gracia de su siempre risueña conversación.

Cuando el trabajo se lo permite, gusta de los largos descansos tendido en la playa bajo la caricia del sol y junto al arrullo del mar o bien entregado a sus pasiones favoritas: la lectura y el baile.

En su bien surtida biblioteca los grandes clásicos de la literatura alternan con ingenuas e infantiles aventuras de corsarios y piratas; las más célebres novelas, con las populares colecciones de lectivescas; los textos científicos, con las obras de filosofía; y si alguien muestra su sorpresa ante la inusitada combinación, no vacila en confesar, sonriendo, que es una enciclopedia universal en forma amena y agradable.

El núcleo selecto de la alta sociedad de Hollywood se honra en aceptar como uno de sus miembros distinguidos a mister Tone, prototipo del perfecto caballero en todas las frases de la vida. Sin embargo, la inmensa popularidad de que goza el actor ha sido conquistada a fuerza de trabajo por Franchot Tone, un muchacho indolente y ardoroso, cuando está enamorado; siempre correcto en sus actos y de un atractivo irresistible.

Franchot Tone en «Tres Lanceros Bengaleses», una de sus más destacadas interpretaciones. (Foto Paramount.)



(Foto M-G-M)

LA DOBLE PERSONALIDAD

Película Hispano Foxfilm



PRISIONERO DEL ODIO

El armisticio lo había sellado realmente Abraham Lincoln al dar la orden de que fuese cantada la canción «Dixie», tan popular en el Sur, mandato que la multitud, apiñada bajo su balcón, cumplió, primero con extrañeza y luego con entusiasmo.

El tiempo no se mostró condescendiente con el hecho fausto celebrado por los norteamericanos. La noche era negra, tormentosa y ponía una patina sucia a las calles. En el teatro, el más querido de los presidentes reía, al unísono con el público, de las payasadas del actor cómico. La alegría, un poco convulsiva, fue interrumpida de un modo brusco y dramático. Un hombre, de mirada y rostro sombríos, el actor John Wilkes Booth, deslizándose sin ser visto hasta la antezala del palco presidencial, abrió la puerta que los separaba y desde ella disparó sobre el libertador de los esclavos.

Al oír la detonación, la multitud, alarmada, levantó de sus asientos y dirigió sus miradas hacia el lugar donde sonara. Gritos de indignación y desesperación surgieron de todas las gargantas al ver el cuerpo herido y exánime del presidente, agonizando sobre el sillón. Rápidamente emprendieron la persecución del agresor. Saltó éste desde el palco al escenario, blandiendo un puñal amenazante a los que se acercaban a él y no pudiendo, ni en los momentos culminantes, olvidar su antigua profesión, exclamó, enderezándose penosamente, la histórica frase:

—Sic semper tyranni!

Y desapareció entre los bastidores cojeando penosamente y rechazando a los que querían apresarle. Pocos momentos después los cascos de los caballos del criminal y de su cómplice, resonaban duramente en las calles de Washington, mientras que los escasos ciudadanos que transcurrían por ellas volvían asombrados la cabeza para contemplarlos.

La lluvia caía torrencialmente sobre los fugitivos; los relámpagos aumentaban la lividez del rostro de Booth. No pudiendo sufrir por más tiempo su tormento, detuvo su cabalgadura.

—Este maldito hueso me va a traspasar la piel! — exclamó iracundo y haciendo un esfuerzo para no desmayarse.

Su acompañante lo sostuvo.

—¿Qué le sucede? — preguntóle.

Al saltar del palco al escenario, me rompí el pie — contestó, contorsionando la boca dolorosamente, pues el caballo pateaba impaciente.

Es preciso que busquemos a un médico — replicó asustado a su compañero. No debemos continuar el viaje estando usted lesionado.

Un nuevo movimiento del alazán impidió que Booth protestara; tuvo que buscar apoyo en su cómplice. Este, sin pedir su aquiescencia, encaminó su montura hacia una caseta. Un temeroso negro les informó de que a poca distancia vivía el doctor Mudd, al cual les prestaría la ayuda facultativa

que tanto deseaba uno y necesitaba otro.

El doctor Mudd, hombre joven y de bondadoso aspecto, estaba sentado junto al hogar mirando distraídamente el juego de las llamas; mientras escuchaba los rugidos de la tempestad. Largo rato conservó esta posición, hasta que oyó unos pies que bajaban la escalera y entonces su mirada brilló amorosa y levantóse. La señora Mudd, algunos años más joven que su marido, dirigióse a él, haciéndole ademanes de reconvenición.

—¿Qué espera el señor para irse a acostar? — dijo, frunciendo graciosamente el entrecejo.

Es que la tía Rosabelle va a tener el undécimo hijo — respondió con aire sumiso el doctor — y estoy esperando a que me avise.

No son once, sino doce — rectificó la joven señora, abrazando a su esposo.

En aquel instante dieron unos golpes apremiantes en la puerta.

Aquí tienes al mensajero.

Desdén el doctor y se separó de ella para abrir la puerta. Era Booth, que entró apoyado pesadamente en los hombros de su compañero.

—¿El doctor Mudd? — preguntó, mirando al facultativo.

—El mismo — respondió —. Si permite que le ayude...

Llevó al herido hasta el sillón en el que momentos antes estuviera sentado. Booth se acurrucó en el largo era en él.

—¿Qué mal le aqueja? — preguntó alegremente el doctor, tratando de alejar del rostro del asesino las sombras que el dolor y la desesperación pintaron. Su frente estaba perlada por un sudor frío.

El caballo le ha desazonado y al caer se ha fracturado un pie — contestó precipitadamente el cómplice.

Tendremos que cortar y sacar la bota — dijo el doctor, mirando a los ojos del paciente. — Sufrirá un poco, pero nada más será un momento.

Y así lo hizo.

Mientras el doctor y la señora Mudd hacían los preparativos para la cura, Booth recordó repentinamente que su bota, como todas las de aquel tiempo, llevaba su nombre marcado en la parte interior. Trató de borrarlo rasándolo con el bisturí, mas en aquel momento entró el doctor.

—¿De dónde vienen? ¿De Washington?

Indagó el doctor para decir algo.

No... — dudó unos momentos el actor de Baltimore.

—¿Cuánto me hubiera gustado estar presente a la proclamación de la amnistía! — dijo enojadamente el doctor. — ¿Qué gran hombre es Lincoln!

Entró la señora Mudd con las vendas. La operación fue dolorosa, pero al fin terminó. Booth se levantó, vacilando en pisar el suelo con el pie enfermo. Vió sus dudas el doctor y aconsejó:

No emprendas el viaje hasta dentro de seis días.

FilmoTeca

de Cate. Hasta dentro de seis días? ¡Imposible!

Y para disipar las sospechas que posiblemente engendrara su exclamación, añadió:

Es que tengo un hermano moribundo en Virginia.

Encogióse de hombros el doctor, como si el asunto ya no fuera de su jurisdicción, y en la puerta extendió una receta para Booth.

Este preguntó a cuánto alcanzaban los honorarios.

Deme dos dólares — sugirió Mudd, tirándose, perplejo, de una patilla.

Hizo una seña Booth a su acompañante y extrajo éste un billete del bolsillo. Cuando hubieron desahogado miró Mudd el billete y ¡cuál no sería su asombro al ver que

era de cincuenta dólares!

Los esposos comenzaron a hacer castillos en el aire respecto a qué se debía tan generoso y desproporcionado donativo. Llamaron en la puerta y Mudd, con decepción y sacando el billete, abrióla. Una voz aflautada apremióle:

— ¡Aprisa, doctor, aprisa!... Tía Rosabelle lo necesita.

Por la cara del negrito chorreaba el agua.

Es la cigüeña — anunció Mudd a su esposa.

Y suspirando aliviado embolsó el billete.

Al día siguiente el pueblo fue conmovido por un alud de caballos montados por soldados, suelos de barro y de facciones desencajadas por la fatiga que se pararon ante la herrera del pueblo. Preguntaron si habían visto a dos fugitivos acusados del asesinato de Lincoln. La noticia cayó como una bomba en la apatía del pueblo, y pocos minutos después una turba de negros y blancos rodeaba a los perseguidores. Decían éstos que el criminal había pasado forzosamente por aquel pueblo, pues las huellas les condujeron hasta allí. Al saber que en el pueblo, o mejor, en las afueras de él vivía el doctor Mudd, la sospecha se tornó en certeza, que fue acrecentada por la noticia que dio el herrero de que le habían sido robados dos caballos y el coche.

En el mismo momento que los soldados llegaron a casa del doctor Mudd, en el comedor de la misma ocurría una graciosa escena. El coronel Dyer echaba un discurso sobre sus ideas políticas a la niña Martha, hija de los esposos Mudd. Esta, haciendo caso omiso de las ardientes palabras del coronel, comía a más y mejor, o emitía opiniones que nada tenían que ver con la oratoria elocuente del anciano. Acabó éste por darle permiso para que fuera a jugar y la niña obedeció en el acto y con gran satisfacción.

El teniente Lovett, jefe de las fuerzas persecutoras, junto con el sargento Cooper, entró en casa de los Mudd. La exaltada imaginación del coronel Dyer recibió un aguijón ante la presencia de los, para él, tan odiados yanquis, exaltación que creció al ver la destreza con que Cooper hojeaba los libros de su pertenencia. No tuvo otro remedio Lovett que mandar al sargento al jardín, para que el coronel Dyer respondiera a sus preguntas.

—¿Vio ayer por la noche a un hombre?

—¿Lo asistió su yerno?

—¿Un hombre con el tiempo que hacía? — ¡Bah! — despreció enfurecido. — En cuanto al doctor no sé nada. Esta mañana no ha almorzado conmigo, ni mi hija tampoco.

Y comenzó a exponer sus ideas políticas al paciente teniente.

El sargento Cooper se encontró en el jardín con Martha. La niña estaba usando, como vehículo de su muñeca, la bota de Booth, que descuidadamente habían echado

por la mañana en el cesto de la basura. Gustóle al sargento la invención y comenzó a hablar con la niña, mas el hado dispuso que la falda de la muñeca se levantase dejando al descubierto el nombre grabado en la bota. Con la precipitación del descubrimiento, y al cogerla, rompió la muñeca de la niña.

En el interior de la casa continuaba explotándose el coronel Dyer, cuando entró el sargento. Sin decir ni una palabra, mostró la bota al teniente Lovett.

—¿Me dirá ahora que no sabe nada?— preguntó éste.

—¿Qué es? ¿Una bota? ¡Bah!— gruñó el irascible anciano.

—Si, una bota que le costará muchos disgustos— dijo brutalmente Cooper.

Abrióse la puerta del salón y apareció Mudd, llevando en brazos a la llorosa Martha.

—Ma tienen que responder de esta intromisión y de su brutalidad— exclamó, enojado por el suceso de la muñeca.

—Doctor— indagó Lovett—. ¿Dijo, ayer noche, tallo y curó al hombre que poseía esta bota?— la enseñó a Mudd.

—Si— afirmó éste, intrigado.

Sargento, suba a buscar a la señora Mudd— ordenó el teniente, sacando una pistola, con la que apuntó a Mudd para que no impidiera el cumplimiento del mandato.

—¿Pero qué sucede?— preguntó el doctor, al que le parecía que la cabeza le iba a estallar por la incompreensión.

—¡Pues— dijo el teniente, a modo de respuesta, al ver a la señora Mudd abrazada a su marido—, que queda usted detenido por complicidad en el asesinato de Abraham Lincoln!

Lo que siguió a su detención todo fue injusticia y pesadilla. El pueblo, enfurecido por la muerte de su más querido presidente, quería sangre, deseaba ajusticiar al doctor Mudd y a sus siete compañeros de infortunio, todos víctimas inocentes como él, pues Booth murió por su mano en la persecución de que fue objeto. Agitadores públicos le conmovían y ordenaban asaltar la cárcel en donde estaban encerrados. Los dirigentes, para por halagar al pueblo que al pie de sus balcones pedía vindicta, parte por órdenes superiores, serían inexorables.

En efecto, el consejo de guerra, dirigido por el subsecretario del mismo ministerio, hacia declarar a los testigos de una manera mecánica y parcial. Los ocho prisioneros, con las cabezas cubiertas por unas capuchas, eran llevados al banquillo y no representaban otro papel que el de un pedazo de carne o de víctima propiciatoria sacrificada en honor de Lincoln, el mejor y más pacífico de los hombres. Mudd tuvo un defensor, uno del corte, que a pesar de estar animado por las más plausibles intenciones, nada pudo hacer en beneficio suyo.

Mudd protestó que nada sabía del atentado, que no había hecho más que cumplir su deber humanitario sin indagar ni ideas ni opiniones. Logró conmovier al tribunal, pero de nada le sirvió. El subsecretario quería muertes, el pueblo también y el tribunal

tenía en más la opinión de ambos, y sus deseos, que la justicia. Y fueron condenados a muerte.

Todos los días la señora Mudd, con Martha y el coronel Dyer, iban a investigar el resultado de los juicios, efectuados a puerta cerrada, y todos los días era una sentencia de muerte la que iba a aumentar su intranquilidad y dolor. Sólo una alegría, si se la puede llamar así, le quedaba. Ver el triste desfile de los encapuchados, cargados de grilletes y de cadenas, y adivinar, por el modo de andar o por su aire individual, cuál de aquellos pobres seres era su marido.

La fecha señalada para la ejecución, llegó. La señora Mudd, Martha y el coronel Dyer, acompañados por el general que había netuado de defensor del doctor, hicieron la última visita al condenado. No se puede narrar la intensidad dramática que revistió, y menos cuando en esos casos la garganta se estrecha por el llanto, y las palabras se substituyen por las caricias y los besos. La macilenta faz de Mudd se iluminó al ver aquellos tres seres tan queridos. Con muda indicación señaló el cepo que le aprisionaba las manos y le impedía abrazarlos. Su esposa se arrojó a sus brazos llorando; el coronel hacia muecas para contener sus lágrimas y la pequeña Martha contemplaba aturrida la escena, que no comprendía.

—Martha, querida Martha!— sollozó su padre arrojándose a sus pies—. ¡Bésame fuerte, hija mía, y fíjate bien en mí, pues tardaré mucho tiempo en volver a tu lado!

Así lo hizo la niña.

El carcelero dió por terminada la entrevista. A duras penas lograron separar a la señora Mudd del preso. El coronel hizo un gesto indicando que tenía que conservar la cabeza alta hasta el último momento.

En el patibulo había ocho horcas. La señora Mudd había deseado ver a su esposo hasta el último instante; el general la escoltaba. Los condenados fueron entrando uno a uno. La señora Mudd sentíase desfallecer. A cada desgraciado que entraba lo confundía con su marido. No pudiendo aguantar más la intensidad emocional, escondió su cabeza en el hombro del general. ¿Cuál sería la sorpresa y alegría de éste, al poder notificar que su marido había sido indultado!

En la celda de Mudd, un carcelero decía a otro, después de haber contemplado el horroroso espectáculo:

—A éste lo han absuelto.

Y riendo cruelmente añadió:

—Lo mandarán al fuerte Jefferson. Al fin y al cabo, es una muerte más penosa y lenta.

La colonia penal del fuerte Jefferson estaba rodeada por fosos y en sus muros batía el mar. Era la muerte para los hombres perdidos que tenían la desgracia de ir a parar a él.

Los hombres que custodiaban a los presos eran tan crueles como el clima. La primera muestra de ello, aparte de las duras soccos de sus compañeros de penal, la tuvo Mudd cuando el sargento Hankin pasó revista a los presos. Este personaje era un hombre joven, delgado y de espaldas carga-

das, de cara larga y afilada, adornada con una barbita. Pues bien, al revisar y al destinar la celda que a cada uno le correspondía según su falta, acompañaba las órdenes con comentarios sarcásticos. Llególe el turno a Mudd, y al leer su nombre en el libro que tenía delante, el sargento Hankin levantóse de su asiento, como si le hubiesen abofeteado.

—¡Mudd! Con ansia esperaba este encuentro— dijo, mirándole con sus ojos fríos y de persona atacada por la demencia—. ¡Perro! ¡Judas!— gritó, desmintiendo el tono cortés de las anteriores palabras, y propinó un puñetazo al indefenso doctor, que cayó aturrido al suelo.

Los compañeros de pena, más clementes que la autocracia, le ayudaron a levantarse. Más tarde hizo conducir a los presos al puente que servía para cruzar los fosos.

—Les voy a enseñar una cosa— dijo— y a usted especialmente, Mudd, que está condenado a cadena perpetua. No es más que una sana lección para aquel que se le ocurra intentar la fuga. Los fosos están repletos de unos bichitos que generalmente comen poco y ésta es una de las ocasiones que lo harán.

Cogió un trozo de carne y lo tiró al agua; casi al mismo tiempo se vieron surgir de todas partes las aletas dorsales de los tiburones que infestaban los fosos. El agua fue revuelta por sus colas al disputarse la presa.

La vida del castillo era monótona y más para un preso separado, como él, de las restantes celdas. Se componía de hechos principales que habían quedado grabados en su mente. Lo demás era un lento y triste pasar del tiempo. Horas y más horas sin aliciente, sin esperanza alguna. Pero un día...

Un día el cabo O'Toole fué a buscar a Mudd para conducirlo al laboratorio del doctor. En la puerta del mismo le esperaba una de las mayores sorpresas de su vida. Un negro enorme hacia la guardia al pie de ella. ¡Y este negro era Buck, el marido de la Rosabelle!

—¿Cómo, Buck! ¿Tú aquí?— no pudo menos de preguntar.

—Sigue tu camino, blanco. No te conozco— respondió el negro con cara impasible.

Ante aquella nueva bofetada, Mudd se encogió como si se le hubiesen dado físicamente. Entró en el laboratorio y cuando el doctor del fuerte supo que se le acusaba de ser cómplice en el asesinato de Lincoln, no quiso admitirlo como ayudante.

—¿Aunque le jure que soy inocente, no me creerá?— preguntó tristemente Mudd, pues lo que más le apesadumbraba de todas sus penas era no encontrar a nadie que creyese en sus protestas.

—Es inútil— contestó severamente McIntyre, que así se llamaba el doctor de la fortaleza—. No podría alternar con el más vil de los asesinos.

—Ni usted me entiende y eso que es doctor— comentó con amargura Mudd—. Lo hizo por humanidad. ¿Usted qué hubiera hecho en mi caso?

Los labios de McIntyre se quedaron mudos. El cabo O'Toole empujó a Mudd. La entrevista había terminado. Otra vez a la soledad de la celda; el martirio del silencio





y de la injusticia; el tormento de los voraces y venenosos mosquitos.

Por la noche, mientras escuchaba inconscientemente los apresurados pasos de la ronda que se alejaba, una voz le llamó:

—Señorito Samuel; señorito Samuel.

Volvió rápidamente el cuerpo hacia la puerta. Era Buck que, con los ojos llenos de lágrimas, le miraba cariñosamente.

—Señorito, ¡perdóneme si no me he atrevido a reconocerle esta mañana! —imploró—. Mas era lo conveniente para los dos.

—¿Qué haces aquí? —dijo Mudd, loco de alegría.

—La señorita me mandó que no me separara de usted —y le alargó un sobre—. Me manda también que le entregue esto. Tome este pedazo de jabón.

—¿Para qué?

—Así no le picarán los mosquitos.

La ronda se acercaba y Buck, tras estrechar reverentemente su mano, se escapó corriendo. Detrás de un pilar brotó una sombra; el sargento Rankin. Miró pensativamente la galería y a Buck y continuó fumando su cigarro.

Así fue cómo recibió noticias del mundo exterior e ibase enterando de los movimientos de su esposa para ponerle en libertad. El plan de fuga se planeó del modo siguiente: La señora Mudd y el anciano coronel tendrían preparado un barco junto al castillo y al que podría reconocer por dos luces colocadas en los mástiles. Buck estaría de guardia en el puente que pasaba sobre los fosos; le proveería, además, de una lima para que pudiese desgastar los barrotes de la ventana y, esquivando a la ronda y bajando por el muro, fácilmente llegaría al mar y a nado hasta el buque. De allí se dirigirían a Cayo Hueso y, como tenían concertado con el juez Maiben, habría revisión de causa y fácilmente sería absuelto por un tribunal civil.

Vigilaba todas las noches la parte del mar que veía desde su celda. Una noche, a unos cien metros del fuerte, pudo ver brillar dos lucecitas, en la parte correspondiente a los mástiles de un barco. Estaba sentado en el ancho alféizar de la ventana, cuando una voz interrumpió sus cálculos.

—¡Herrosa vista, ¿no es verdad?

Mudd vio la pálida faz de Rankin, que le miraba escudriñador desde la puerta.

—¿Puedo tomar parte en la apreciación de la belleza?

Miró y vio las dos luces del barco, pero era cosa corriente tal espectáculo para él.

No se olvidó nunca, nunca, Mudd, de los fosos.

Dió una patada a la mal llamada cama y registró ansiosamente el jergón de paja. Hizo lo mismo con el cajón sobre el cual reposaba el jarro del agua. No dió con ningún instrumento a propósito para fugarse y se marchó. En el cuerpo de guardia preguntó quién la hacía en el puente y al responderle que Buck, fue hacia la ventana y miró al buque. Las lucecitas de los mástiles subían y bajaban. ¡Aquello era una señal! Tiró el cigarro que estaba fumando y corrió hacia la celda de Mudd. ¡La puerta estaba abierta!

El doctor, esquivando a la ronda, había subido al primer piso del fuerte. Rankin le vio y, trepando por la pared, se emboscó en un hueco que formaba la bóveda de la puer-

ta principal y un saliente, con la pistola apocribida. Los reflectores le enfocaron unos instantes permitiendo que Mudd lo viese, pero a continuación dieron de lleno sobre él y presa de un terror pánico se echó al suelo, con tan mala fortuna, que cayó sobre un respiradero del cuarto de los soldados y los garabatos que le debían servir para el descenso de la muralla chocaron contra él, sembrando la alarma. Mientras tanto el cabo O'Toole había apresado a Buck cambiándolo por otro vigilante.

La trompeta que dió la alarma sonaba constantemente en los oídos de Mudd, enloquesciéndole. Trepó por unos adornos de la pared, mientras sentía que sus dedos heridos y su debilidad, le hacían perder rápidamente las fuerzas. Llegó a las almenas, en donde las bocas de los cañones hosteaban amenazadoramente, y con la cuerda, provista de garfios, que no abandonó ni un momento, descendió por la muralla, sobre los fosos, hasta posar los pies en un saliente. Con el cuerpo pegado a la pared —recordaba las amenazadoras alotas de los escuños— avanzaba llamando al vigilante que creía era Buck. Llamaba cada vez más fuerte, sobresaltándose a sí mismo, y el vigilante díose cuenta de su presencia disparándole un tiro.

Como por ensalmo, la puerta del fuerte abrióse, dando paso a hombres armados, que hicieron fuego sobre él. Rankin asió el fusil de uno de ellos y apuntando cuidadosamente, hirió, aunque levemente, a Mudd, que cayó al agua. Hicieron los soldados fuego graneado, asustando así a los liburones, hasta que McIntyre les avisó que si no le suspendían los liburones no podrían cumplir su tarea. Tuvo tiempo Mudd de llegar al sumidero y de salir al mar, y nadando dificultosamente llegó hasta el barco, donde fue recogido por los cariñosos brazos del coronel y de su esposa. Pero los del fuerte no habían cejado en su persecución. Rankin tomó la cabeza de ésta.

Rankin, quiero a ese hombre vivo. ¡No lo olvide! —mandó el comandante del fuerte, despertado por el estrepito, ya que conocía el carácter de su subalterno.

En el camarote de la embarcación, una escena terrible se estaba desarrollando. La señora Mudd prodigaba los más tiernos cuidados a su esposo.

—¡No nos volveremos a separar jamás! —decía llorando de gozo.

Y el coronel pasaba la mano por el cabello de Mudd.

Si vieras cuánto se acuerda Martha de ti.

Mudd esbozaba una sonrisa. Ni hablar podía a causa del cansancio. En la cubierta del barco oyéronse voces miradas, disparos, pasos precipitados. La señora Mudd abrazó fuertemente al fugado.

—Nunca, nunca me separaré de ti —repetía nerviosamente.

Ahora sabrán esos malditos lo que es capaz de hacer un oficial del sur —rugió el coronel Dyer.

Y empujando un sabio, se precipitó a la cubierta. Nunca más se le volvió a ver. Murio como vivió, rodeado de una heroica locura.

La tapa de la escotilla fue levantada. La señora Mudd gritó asustada y, jugando suavemente con una pistola, el sargento Rankin, dijo:

—¡Bonto interrumpir esta tierna escena, pero necesito a uno de los principales actores.

Sus ojos brillaban a causa de su cólera. Poco más tarde, Mudd era arrojado despreciosamente a la mazmorra más espantosa del penal. En ella también estaba Buck, gimiendo y suspirando.

La señora Mudd regresó a Cayo Hueso. Martha estaba escuchando el cuento que le leía la ama negra.

—¿Y papá? —preguntó ansiosamente.

—¿No viene contigo?

—No, hija mía. Otra vez será.

En sus ojos titilaban las lágrimas como si fuesen estrellas.

—El abuelito tardará en volver, como papá.

—¿Ha muerto? —indagó la niña, con fina intuición.

—Sí —afirmó su madre.

Y ocultó la cabeza en el regazo de su hija y su cuerpo fue sacudido por crueles sollozos.

Si los sufrimientos de Mudd y de Buck en la mazmorra fueron insupportables, no lo fueron menos los de la guarnición del fuerte, pues estalló en él la fiebre amarilla.

Murió el doctor y con él se perdieron los escasos medios y conocimientos para combatir la epidemia. A las puertas del fuerte, como quien dice, esperaba un buque cargado de medicamentos y con seis médicos, enviados por el gobierno para auxiliar a los enfermos; mas dada su cobardía no se atrevieron a desembarcar, llenando de desesperación al comandante, ya que la guarnición negra se había sublevado y era la única sana. Su asistente recordó al doctor Mudd y en busca de auxilio fué a éste, auxilio que obtuvo sin hacer vanas promesas.

Mudd demostró su energía al reducir a la obediencia a los sublevados, convirtiéndolos en estupefactos auxiliares. Luchó a brazo partido con la enfermedad y la muerte durante cinco días, pero era inútil todo sin la ayuda de los del barco. Llamó a los fieles negros y envió un ultimátum a la cobarde tripulación, diciendo que si no desembarcaban los hundiría a cañonazos. Tomáronlo ellos a broma y Mudd mandó que disparasen los negros. Notar el impacto de la bala y acercarse al fuerte, todo fué uno. Mudd cayó exánime al suelo. Hacía más de dos días que se sabía atacado por la epidemia.

Convaleciente ya, recibió al comandante y a una comisión portadora de una carta en la que rogaban al presidente de la República el perdón de Mudd, relatóndole su heroico comportamiento, carta que después firmaron todos, siendo el primero en hacerlo Rankin, a quien el doctor había salvado. Poco tiempo después la señora Mudd decía a su hija:

—Martha, hoy viene papá. No te extrañes si le encuentras cambiado porque ha sufrido mucho.

Como si hubiera oído sus palabras, el doctor llegó en aquel instante y pronto tuvo en sus brazos a los dos seres que más quería.

En cuanto a Buck, tuvo la satisfacción de ver a sus doce hijos en fila, encabezados por la risueña y oronda tin Rosabelle.

JUANÁN

hasta sentarse en los calcho-
nares, tenderse boca abajo
doblado las piernas sobre
la espalda hasta donde sea,
posible, y montar en bici-
cleta.

Ya lo saben nuestras lec-
toras. A prepararse por si
vuelve la falda extracor-
ta.

Un ayudante de director de baile de La Metro, to-
ma las medidas de las piernas de Virginia Blaire,
mientras Peggy Stearny, Crystal Keane y Doris Ted-
dings esperan su turno. Estas medidas se guardan
después en un archivo de piernas a que se pro-
duzca cuando van a producir una película musical.



La gimnasia y la belleza

Las mujeres de hoy se preocupan más por sus tobillos y sus pantorrillas que por sus pies.

Donal Loomis, director de cultura física de uno de los estudios principales de Hollywood, ha llegado a tal conclusión, guiándose por la infinidad de cartas que recibe.

La mitad de las chicas que le escriben, dice Loomis, es para que les diga algún método para adquirir piernas bien formadas, como las de Eleanor Powell. Esto requiere un tratamiento especial para las pantorrillas y otro para los muslos. La pantorrilla es la parte más difícil de reducir o desarrollar. El mejor sistema para reducirlas es levantar el cuerpo apoyándose en la punta de los pies y caminar así, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, hasta cansarse. Este ejercicio debe ser prolongado un poco más cada día hasta que la persona se acostumbre a hacerlo sin fatigarse.

Para desarrollar las pantorrillas, el baile y el tenis son excelentes ejercicios, lo mismo que saltar a la comba. Y para el desarrollo de los muslos, doblar las rodillas



Eleanor Powell y sus primas.
Todas piernas.



Randolph
Scott *de la Paramount*